

LLUVIAS, SEQUIA Y PLAGAS EN LA HISTORIA DE GRAN CANARIA

2 argos años de sequía apenas alternados con copiosas pero poco frecuentes lluvias han situado a la climatología, y particularmente a la escasez de aguas pluviales, como el tema de, acaso, mayor importancia en Canarias. ¿Estamos, realmente, atravesando un prolongado ciclo de sequía? ¿Antes llovía más en Canarias? A lo largo de muchos milenios nuestro archipiélago ha mantenido unas condiciones climatológicas estables en contraste con las grandes variaciones sufridas en extensas regiones del planeta: las fases glaciales en Europa y las desecaciones del África sahariana, que constituyen las regiones continentales más cercanas a esta islas. Merced a tal estabilidad, que ha garantizado la persistencia de un clima templado, en Canarias ha pervivido una flora singular (y algunas especies animales) que, en cambio, desapareció a causa de grandes modificaciones climáticas en las regiones saharianas y mediterránea. Sin embargo, tal estabilidad climática no debió de ser en modo alguno absoluta. En este sentido se han formulado hipótesis (Heinz Klug, Instituto Geográfico de Kiel) sobre el desarrollo hace milenios de periodos de características tropicales, en los que alternaban estaciones o fases, durante las cuales se producían intensas y continuas precipitaciones, con otras ausentes de lluvias. Los periodos de lluvias torrenciales, en los que grandes caudales de agua corrían desde las cumbres hacia el mar, habrían determinado la formación de profundos barrancos como los existentes en la Gomera y Gran Canaria, islas de una gran semejanza morfológica.

Situándonos en tiempos más próximos es evidente que las fases de sequía no son exclusivas de nuestros días, ni siquiera de los últimos quinientos años. La persistencia de un elemento de la cultura aborigen como la fiesta de La Rama (Gran Canaria) atestigüa la existencia de periodos de sequía en Canarias antes de la conquista del archipiélago. El ritual de La Rama estaba destinado a invocar la caída de la lluvia, según la conocida referencia de Abreu y Galindo. En el siglo XVII, fray José de Sosa recordaba así la mágica invocación de la lluvia: "Si tenían falta de agua para sus panes, la pedían a Dios por medio de personas virtuosas, y de buena vida; las cuales salían de sus casas en que estaban recogidas y guardaban pureza y castidad, a unos lugares altos disputados para estas peticiones. Estos eran dos riscos inaccesibles, uno llamado Tirma y otro Magro, que tienen en

torno cada uno dos leguas poco más o menos, y confinan con el mar...".

Un testimonio del mismo género nos lo proporcionaría la arqueología: según conocidas hipótesis los llamados *baladeros* servirían para pedir la lluvia. Conforme a tal interpretación, fundamentada en noticias de los cronistas y primeros historiadores de Canarias, en tales sitios se encerraban a los cabritos separados de sus madres con la finalidad de que sus inevitables balidos contribuyeran a provocar la lluvia. No es necesario recordar, por otra parte, que variadas costumbres y prácticas rituales cuya finalidad es generar la lluvia están presentes en pueblos primitivos y sociedades tradicionales hasta en nuestros días.

FASES DE SEQUIA

La vecindad del desierto del Sahara,

bien, cuando se intenta entrar en detalles más concretos —singularmente en el tema que nos ocupa: periodos húmedos y secos— las dificultades aparecen inmediatamente. Si es que ello es posible, resultará verdaderamente difícil reconstruir las series de periodos (¿ciclos?) lluviosos y secos en la historia de las islas hasta la mitad del siglo pasado.

En lo que se refiere a la isla Gran Canaria, en un periodo convencional de 180 años (1600 a 1680) podemos señalar los siguientes años en que se produjeron sequías durante el invierno:

Siglo XVII: 1607, 1620, 1621, 1627, 1631, 1632, 1635, 1661, 1668, 1673, 1675, 1677, 1684, 1689. Fuente principal para el conocimiento de la existencia de *secas* y de su localización en el tiempo la constituyen las rogativas (al Cristo de la Vera Cruz, N. S. de la Antigua y diversos santos), novenarios,



con sus cálidos *vientos de levante*, y el emplazamiento marino de nuestra región, abierta a la beneficiosa influencia de los húmedos alisios y de las borrascas atlánticas, encierran las claves del clima de las Islas Canarias. Presuntamente hemos de suponer que en el periodo histórico operan ambas coordenadas con las características que nosotros conocemos. Tal apreciación es en principio deducible de las noticias climatológicas que hemos podido reunir para el periodo que aquí nos hemos marcado: siglos XVII al XIX. Ahora

exposición de reliquias y procesiones, especialmente de la Virgen del Pino, que se celebraban para, por su intercesión, implorar la lluvia, así como también para invocar la conclusión de plagas de cigarra, epidemias, volcanes y otras calamidades (para esta serie hemos utilizado, entre otras fuentes, el libro "La Virgen del Pino en la historia de Gran Canaria", de I. Quintana y S. Cazorla, que ofrece una relación de las bajadas de la Virgen del Pino desde Teror a Las Palmas con tales motivos).

Desconocemos la extensión que

podrían tener las sequías ocurridas en los años expresados. Como veremos más adelante, a fines del XVIII se promovían las bajadas y procesiones de la Virgen cuando en los meses de invierno, principios de la primavera o fines del otoño transcurrían unos treinta días sin llover.

Muy posiblemente, casi con toda seguridad, podríamos afirmar que en el siglo XVII se produjeron más fases de sequía que las aquí recogidas. En lo que afecta a esa centuria hay que señalar que la sequía recurrente y las plagas generaron la escasez de granos y la terrible hambre intermitente que se vivió especialmente en Lanzarote y Fuerteventura, sobre todo en esta última isla en donde la emigración y la muerte azotaron al conjunto de su población durante varias fases de dicho siglo y del siguiente.

Siglo XVIII (hasta 1780): 1701, 1702, 1703, 1711, 1712, 1719, 1721, 1731, 1747, 1749, 1760, 1762, 1764, 1769, 1770, 1772, 1778.

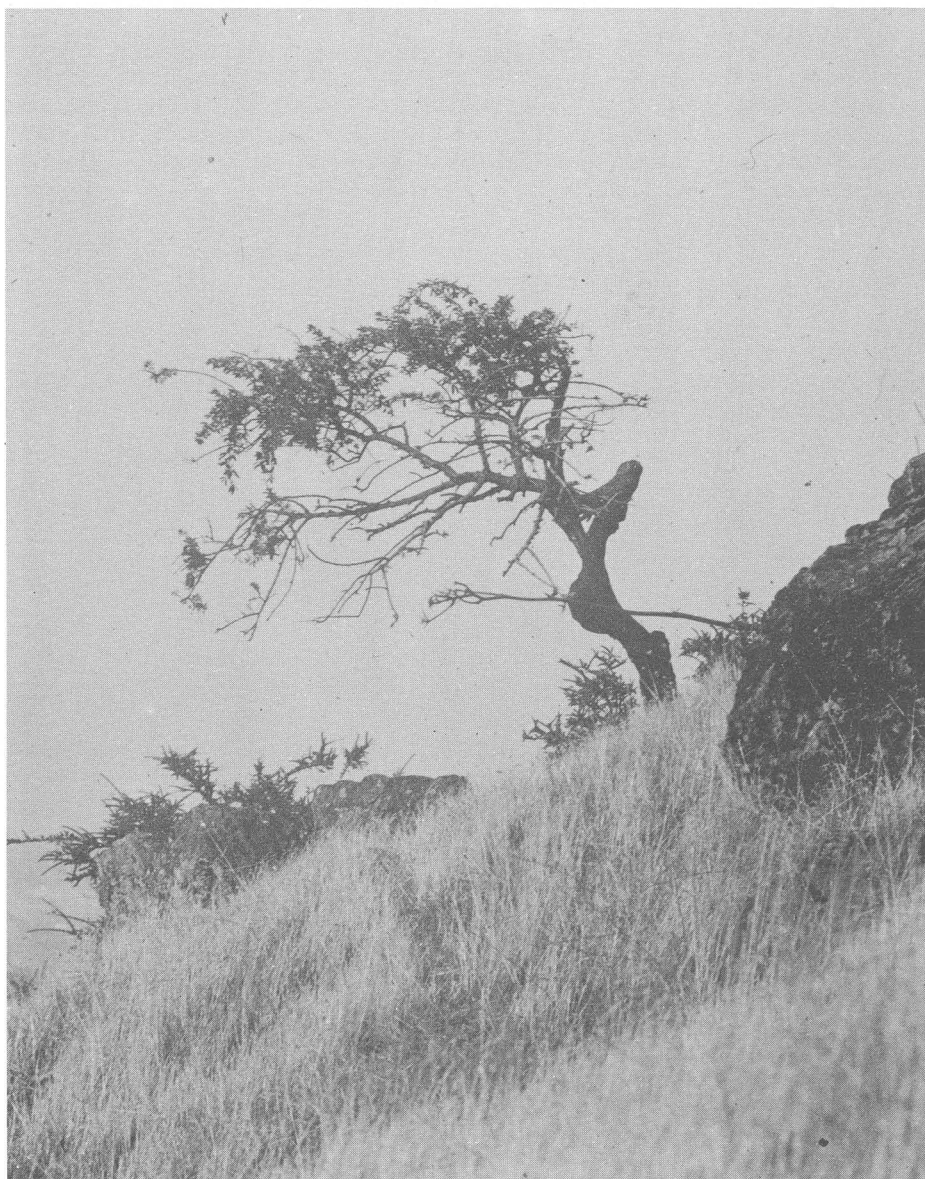
Estos datos del XVIII permiten hasta cierto punto apuntar, con todas las prevenciones que tomarse puedan, determinados ciclos de sequía que se repiten en periodos aproximados de ocho a diez años. En efecto, en cada decenio se producen cuando menos uno, dos, tres años azotados por la *seca*.

LLUVIAS, NEVADAS Y TEMPESTADES

Aunque los periodos buenos de agua y cosechas no aparecen generalmente recogidos, en cambio historias y documentos reflejan fenómenos que resultan más llamativos, ya sea por lo desacostumbrado e inusitado, ya por los grandes daños que acarrearón. Así, tenemos noticias de temporales y grandes lluvias en los años 1646, 1713 (26 y 27 de enero, en que tienen lugar trágicos resultados: perecen muchas personas y quedan destruidos edificios y cultivos), 1722 (espantoso huracán del S. E. que produce grandes daños), 1763, 1766, 1768, 1775, 1778, 1779.

Una de las pistas que podemos seguir, por otra parte, para constatar la caída de intensas lluvias en Gran Canaria es la que proporcionan las noticias sobre caudalosas avenidas del Guiniguada que destruían los sucesivos puentes que tuvo Las Palmas. En los años 1581, 1615, 1694, 1713, 1766, 1793 las impetuosas aguas arrastraron a los respectivos puentes que servían de comunicación a los barrios de Triana y Vegueta. En tales ocasiones los sectores bajos de ambos barrios sufrían inundaciones.

Algunas grandes nevadas sobre las islas también aparecen registradas en determinadas ocasiones, es raro el invierno en el que una capa de nieve no cubre al Teide y las Cañadas. A pesar de lo que escribía Glass en 1764 —“en invierno la cumbre de esta isla es inaccesible, pues está cubierta por la nieve”— en Gran Canaria las nevadas no son copiosas y no siempre nieva durante el



invierno. Aunque aquí las nevadas no son infrecuentes la nieve se mantiene durante poco tiempo en las cumbres. Para aprovechar la nieve el Cabildo hizo construir un pozo en la zona del casquete central de Gran Canaria en el año 1694. En las nevadas más intensas la nieve se depositaba en aquél y luego era trasladada a Las Palmas para su utilización. Dos años después se cavó un segundo pozo y también la Real Audiencia ordenó la apertura de otro para su propia disposición. En ocasiones la nieve de los pozos aguantaba hasta el mes de mayo.

Intensas nevadas tuvieron lugar en los años 1728 y 1729. A comienzos de este último año nevó varios días en las cumbres grancanarias. La nieve alcanzó a San Mateo, el Madroñal y San Isidro de Teror. Hubo granizadas en Las Palmas, Telde y la Isleta, que se cubrió de un manto blanco. También nevó en Lanzarote y en las cumbres de Jandía.

LLUVIA Y SEQUIA EN UN PERIODO DE 35 AÑOS

Una muestra muy completa sobre lluvias y sequías en Gran Canaria en los

últimos decenios del siglo XVIII y en los primeros del XIX puede extraerse de la documentación de la época, que permite elaborar la siguiente síntesis partiendo del año 1780:

1780

Invierno: muy lluvioso. Periodo de sequía en diciembre.

1781

Invierno: abundante de aguas. Terrible huracán el 6 de enero.

Primavera: seca. Lluvias en mayo y junio. Nevó en abril.

Otoño: primeras lluvias en las medianías a mitad de noviembre. Barranco muy crecido en Las Palmas el 12 de diciembre.

1782

Invierno: lluvioso en medianías. Copiosa nevada en febrero.

Verano lluvioso en medianías.

Otoño: muy lluvioso.

1783

Invierno: lluvioso en cumbres y medianías; seco en las costas.

Primavera: lluviosa. Tempestad de agua el 18 de abril.

Otoño: lluvioso.

**1784**

Invierno: sumamente lluvioso. Sequía desde mitad de febrero.

Primavera: lluviosa. bueno de lluvias.

1785

Invierno: lluvioso hasta fines de febrero. Sequía a partir de marzo.

Otoño: lluvioso en cumbres y medianías. Huracán el 27 — XII, con grandes daños.

1786

Invierno: lluvioso en medianías; seco en costas.

Primavera: entre seca y húmeda.

Intensas lluvias el 27 — XII y caudaloso barranco en Las Palmas.

1787

Invierno: abundante de aguas en medianías; escaso en costas. Sequía desde fines de febrero.

Primavera: algo seca.

Tempestad de agua en 10 — XII.

1788

Invierno: sequía en enero, seguida de tiempo frío: intensa nevada en las cumbres a principios de febrero. Nueva sequía a partir de marzo, la cual se extiende hasta octubre.

Comienzo muy lluvioso del invierno siguiente. Tormenta de lluvias en 2 — XI y huracán en 10 — XII.

1789

Invierno: extremadamente lluvioso, excepto una seca en enero. Intensas nevadas a principios de marzo.

Primavera: muy lluviosa.

Otoño: seco.

1790

Invierno: seco. Lluvias en primavera.

Otoño: entre seco y húmedo, con final de lluvias y nevadas.

1791

Invierno: sin datos. Hubo nevadas.

Primavera: seca.

Otoño: muy lluvioso.

1792

Invierno: sumamente lluvioso. Nevó en poca cantidad.

Otoño: muy templado de lluvias.

El invierno siguiente entró muy lluvioso.

1793

Invierno: sumamente lluvioso. Nevó en marzo.

Primavera: fría. Tempestad de agua a fines de marzo. Barranco caudaloso en Las Palmas.

Otoño: muy lluvioso.

1794

Invierno: bastante lluvioso.

Otoño: seco. Lluvias a partir de noviembre.

1795

Invierno: sequía en febrero y parte de marzo. Fin del invierno muy lluvioso.

Otoño: templado en lluvias.

1796

Invierno: el más seco desde hacía mucho tiempo.

Otoño: bueno en lluvias. Lluvia tempestuosa en 1 — XI; grandes barrancos. Sequía al final del año.

1797

Invierno: lluvias abundantísimas, excepto sequía en enero.

Otoño: más seco que húmedo.

1798

Invierno: lluvioso. Nieve.

Primavera: seca.

Aluvión con granizos en 12 — XI.

1799

Invierno: comenzó lluvioso. A fines de enero se inició una larga sequía. Sigui-



ron lluvias y copiosas nevadas continuadas hasta finales de la primavera.

1800

Invierno: lluvioso hasta febrero.

Primavera: escasas lluvias.

Otoño: comenzó tardíamente.

1801

Invierno: llovió de tiempo en tiempo. Mucha nieve a mitad de febrero. Sequía.

Primavera: lluvias en abril.

Otoño: comenzó a llover a fines de octubre. Entrada benigna del siguiente invierno.

1802

Invierno: lluvioso.

Primavera: muy lluviosa.

Otoño: seco. Entrada del invierno siguiente lluviosa y tempestuosa.

1803

Invierno: continuamente lluvioso; hasta fines de mayo corrió el Guiniguada, cosa desacostumbrada. Huracán en enero. Nieve.

Otoño: seco.

1804

Invierno: sumamente seco en las costas. El Guiniguada corrió sólo tres veces y a los pocos días se secó. Huracanes.

Otoño: seco.

1805

Invierno: muy templado de aguas.

Otoño: seco. Llovió a fines de octubre.

Entrada del invierno muy copiosa en lluvias.

1806

Invierno: abundante en aguas. Poca nieve.

Primavera: templada.

Otoño: escaso en lluvias.

1807

Invierno: escaso en lluvias. Sequía desde fines de enero y durante todo el mes de febrero.

Otoño: lluvioso.

1808

Invierno: muy lluvioso. Copiosas nevadas.

Primavera: seca. Llovió dos días a mitad de abril y el Guinguada llegó muy crecido a Las Palmas.

Otoño: lluvioso en medianías; seco en costas.

1809

Invierno: lluvioso en las medianías altas; muy seco en las costas.

Otoño: lluvioso.

1810

Invierno: sin datos.

Otoño y entrada del invierno: muy secos.

1811

Invierno: seco.

Primavera: muy escasa en lluvias.

Otoño: comenzó a llover a mitad de noviembre.

1812

Invierno: sin datos.

Otoño: templado.

Entrada del invierno siguiente muy lluviosa.

La sequía y las plagas de cigarra generaron la escasez de granos y el hambre subsiguiente en varios periodos de nuestra historia

muy crecido en Las Palmas en varias ocasiones. Estuvo corriendo hasta mediados junio.

Otoño y entrada del invierno: muy lluviosos.

1814

Invierno: muy lluvioso. Grandes barrancos. Nevadas copiosas.

Primavera: lluviosa.

Aunque no incluye mediciones pluviométricas, esta muestra ofrece un cuadro de indudable interés, acaso el más completo que pueda recomponerse en toda la época anterior al surgimiento de los periódicos —que naturalmente son una fuente de datos para este tema— y a la realización de observaciones meteorológicas y pluviométricas. Podemos observar la abundancia de años lluviosos, frente a los relativamente pocos años secos. Podríamos afirmar en base a esta observación que, efectivamente, antes llovía más que ahora. Sin embargo, aunque el periodo que comprende esta muestra es dilatado, no se extiende lo suficiente para sustentar unas conclusiones definitivas. Realmente las consideraciones que para Canarias puedan hacerse en esta materia habrán de insertarse en el más amplio conocimiento de las condiciones meteorológicas imperantes en nuestro hemisferio y en esta gran zona del Atlántico, con datos concretos sobre la penetración hasta el

PLAGAS: LANGOSTA AFRICANA Y CIGARRA INDIGENA

Junto a la sequía, las plagas de langosta han constituido durante siglos un terrible azote para los campos isleños. La cigarra africana, que pasa a las islas desde el continente durante los tiempos de levante, representaba un mal que de tiempo en tiempo producía efectos devastadores en la agricultura del archipiélago. Pero, además, el cigarrón o cigarra autóctona de las islas, que se desarrollaba en determinadas estaciones del año, originaba, si no efectos tan destructivos como la africana, sí consecuencias muy perjudiciales.

Viera y Clavijo nos describió así las especies isleñas: "En nuestras islas hay dos castas de langostas: la una, de cigarroncillos pequeños, de color entre pardo y ceniciento, rojizas las piernas, con que saltaban en los sembrados y las yerbas, y la otra de cigarrones mayores, casi de dos pulgadas de largo, que llaman *abocastros*. Tras exponer detalladamente las características de estos últimos escribió el gran historiador: "Los machos mueren luego que han hecho las funciones de padre; y las hembras, después que desovan sus cuarenta semillas, anidándolas entre unos canutillos, que construyen con tierra y cierto gluten que extraen de su propio cuerpo, y sepultándolas en el suelo más duro e inculdo de las dehesas, para lo que les sirve el agujón de la cola".

En los siglos XVII y XVIII los campos de la isla sufrieron la invasión de la langosta berberisca en numerosas ocasiones: en los años 1607, 1635, 1645, 1646, 1659, 1666, 1676, 1680, 1685, 1693, 1697, 1723, 1724, 1757 — 58, 1769 — 70, 1778 — 79, 1788, 1798.

De una de estas invasiones, la del año 1659, fue testigo el cronista fray José de Sosa, que por entonces era novicio en el convento de San Francisco de Las Palmas: "... a 15 del mes de octubre entró la cigarra en esta isla, que destruyó los sembrados y demás cosecha en toda ella, y aún se extendió en todas las demás a quienes sucedió lo mismo, por cuya causa hubo mucha esterilidad y hambre, que duró hasta el año de 1662; de tal suerte que no quedó cosa verde, mayormente en esta isla Gran Canaria, pues hasta las hojas de las palmas que son fuertísimas, y las hojas de sábila, que no hay animal por inundo que sea que las coma, ellas las destruían, y cuando no tenían ya, ni habían dejado hoja verde en las plantas y yerbas, se comían las cortezas de los árboles, y esto en tanta manera que muchos se secaron, y después que no



1813

Invierno: muy lluvioso. Nieve. Barranco

archipiélago de borrascas como las que nos han beneficiado en los últimos días.

LLUVIAS, SEGUÍAS Y PLAGAS EN LA HISTORIA DE GRAN CANARIA

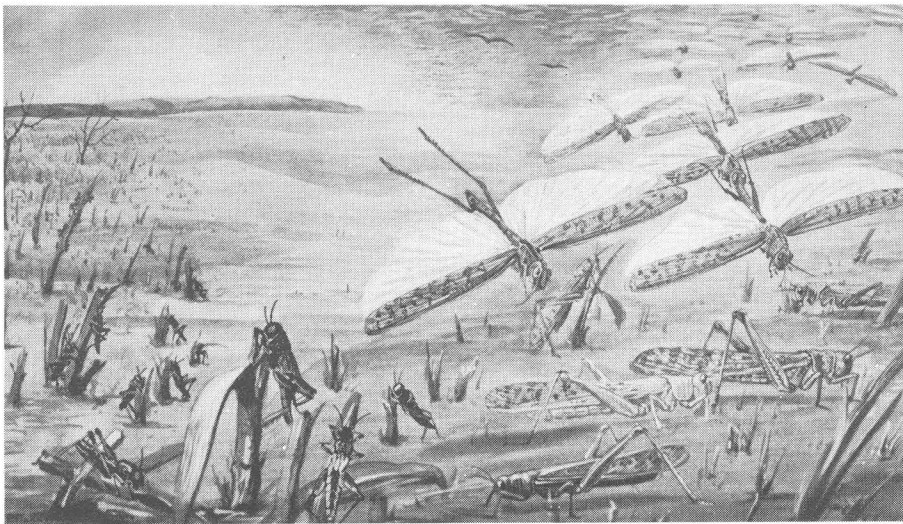
hallaban que comer, se servían de alimento unas a otras. Fueron en tanto número que cubrían los cielos, como si fueran nublados en levantándose a volar los aires”.

La cigarra indígena de las islas también se hacía presente en cumbres y medianías, reproduciéndose en gran número en ciclos de cinco a seis años.

En el siglo XIX prosiguieron con intermitencia las incursiones de langosta africana. En 1800 se produjo una entrada, que no adquirió grandes proporciones debido a las lluvias que siguieron a la invasión. En octubre de 1811 se presentó una gran plaga que se mantuvo hasta la primavera del año siguiente. Cultivos y sementeras fueron totalmente devastados. Un observador de la época nos relata el paso de la cigarra: “...siendo yo testigo de haber visto pasar por el pueblo de Teror el treinta y uno de dicho mes una columna de ella en marcha para la costa que tardó más de dos horas en atravesar el pueblo”. Produjo daños tan grandes, decía también el propio testigo, “como jamás



“No quedó cosa verde en esta isla Gran Canaria, pues hasta las hojas de palma las destruían...” (1659)



habían visto los que están vivos”. Cien de los prisioneros franceses que se encontraban confinados en la isla con motivo de la guerra contra las fuerzas napoleónicas fueron destinados a matar las cigarras. Desastroso resultado de esta plaga fue la desaparición de más de la mitad del ganado vacuno, lanar y caballar, por falta de pastos. Los animales sólo tenían el recurso de comer pitas, tuneras y raíces de helechos. Para colmo de males en el mes de abril de 1812 se reprodujo la cigarra nativa en gran número, terminando con lo poco verde que quedaba.

Entre las más terribles invasiones de la cigarra africana se recuerda la que se inició en el mes de noviembre de 1844. Un memorial del Ayuntamiento de la capital sobre las terribles consecuencias

que tuvo la plaga exponía que “...desde el mes de noviembre del año anterior de 1844 hizo su incursión en toda la provincia sin excepción una horrorosa plaga de langosta berberisca... que asoló repetidamente todos sus campos hasta el mes de marzo de 1845 a tal término que fueron muy raras las mieses que escaparon de este azote destructor produciendo hambres generales”. A la plaga se añadió en el año siguiente la sequía. Se dice en el propio memorial: “...la siguiente actual cosecha del mismo fruto de papas llamadas de verano, en la mayor parte no han crecido por la carencia casi absoluta de las lluvias, y las que en los terrenos de riego se han fecundado perezcan por infección de su semilla. La falta de lluvias en este invierno —prosigue— han esterilizado

todos los sembrados y plantíos, por la frecuencia de los tiempos de levante y vientos del sur que los han agostado y quemado, hasta el punto de haberse secado y extinguido la mayor parte de las fuentes que surtían a los habitantes y disminuido los heredamientos de agua a tal grado que faltarán los riegos, y perecen ya mucha parte considerable de los animales de labor y ganados que se sostenían de las yerbas, que han perecido por falta de lluvias”.

Plagas y sequía: terribles enemigos para los habitantes de las islas, especialmente en el pasado cuando su sustento se basaba fundamentalmente en la agricultura. Hoy poseemos una estructura económica que es capaz de superar el azote de estos jinetes del Apocalipsis. Pero, como bien sabemos, el tema del agua sigue siendo primer protagonista en nuestras islas. Este mes de enero del iniciado 1979, después de siete años de sequía o de escasas lluvias, ha sido muy generoso en lluvias y aguas. Ha llovido como hacía tiempo no se veía. Han corrido los barrancos y se han llenado las presas. El agua se ha filtrado en la tierra y han renacido fuentes y pozos. Tenemos reservas para un tiempo. Pero la lucha tenaz del canario por el agua tiene que hacerse más intensa todavía.

Alfredo Herrera Piqué